MUERTE HORRIBLE

Año 1834, Charlestown (Estados Unidos)

El día 11 de agosto del año 1834, una muchedumbre de herejes, soliviantada por un pastor protestante, acometió durante la noche el convento-colegio de Ursulinas de Charlestown, a una milla de Boston.

Al ruido de la violencia con que derribaban cuanto se oponía a su maligna intención, despertaron sobresaltadas las Religiosas y no tuvieron más tiempo que el de abandonar el Colegio, pues ya las llamas se reflejaban en el firmamento.

La chusma entró a saco, robando todo aquello que creía de algún valor. Entre los que la componían, había un fanático protestante que con mano sacrílega tuvo la osadía de abrir el copón, y sacando las sagradas Formas, se las metió en el bolsillo. Fuese luego a un suburbio de Charlestown, y entre sus compañeros de pillaje, no cesaba de hacer alarde de su execrable profanación.

Un irlandés, católico, que por curiosidad se acercó a ellos, oía con espanto al sacrílego protestante, y cuando éste reconociole por irlandés y católico, sacó

del bolsillo un puñado de las Hostias sacrosantas, y mostrándoselas, con satánica mirada llena de desprecio y orgullo, dijo: "Toma, toma, he aquí a tu Dios".

El buen irlandés al ver tanto cinismo, quedó aterrorizado, y anudada su lengua al paladar no podía articular palabra. Pero, al momento, sintió el malvado protestante descargar sobre sí la ira del Señor. Un gran malestar le obligó a retirarse, y con indecibles dolores acabó sus días echando las entrañas, como le aconteció al miserable hereje arrio.

El católico irlandés, admirando los justos juicios de Dios, cortó el bolsillo del impuro cadáver, donde estaban las sagradas Formas, y lleno de reverencial temblor las depositó en la mano del señor Obispo de la diócesis.

(Anales de la Propagación de la Fe. Año 1847.)

MEDICO DIVINO

Año 1845, Versailles (Francia)

Diez años hacía que Pedro Renauld, alumno del Seminario de Versailles, padecía una enfermedad de corazón tenida por incurable. El día 1 de abril las violentas palpitaciones originaron, en el pobre enfermo, un derrame cerebral y la entera parálisis del nervio óptico. Para que fuera mejor atendido, tratábase de trasladarle al Hospital de Versailles, pero el día antes de marchar quiso asistir, por última vez, al santo sacrificio de la Misa y recibir la sagrada Comunión en la Capilla del Seminario. Adornado con la cinta y medalla del Sagrado Corazón de Jesús, acompañole el enfermo hasta el pie del altar; en el momento que había de recibir la Comunión, "le comulgué, dice el Superior, y tras él a otras muchas personas. Acabada la Misa, al volver a la sacristía, vi con admiración que el joven Renauld bajaba los seis escalones que allí hay y se llegaba para abrazarme. —¿Qué es esto hijo?, le dije ¿cómo has recobrado la vista?—¡Oh, Padre!, me contestó: cuando arrodillado al pie del altar estaba esperando la Comunión, oí una

voz que me decía: "¿Crees?, ¿crees?" Y yo contesté: "Sí, Dios mío, creo que podéis hacer un milagro y sanarme. Vos me quitasteis la vista, Vos podéis devolvérmela". Luego cuando la sagrada Hostia tocó mi lengua quedé deslumbrado, y como permaneciese largo tiempo inmoble, el enfermero me hizo señal de levantarme. Entonces empecé a distinguir claramente las gradas del altar. Después pude dirigirme solo a mi banco, y tomando un libro piadoso que por allí encontré, pude leer sin tropiezo estas palabras que al caso me salieron: *Qui sequitur me, non ambulat in tenebris:* "El que me sigue, no anda en tinieblas".

"Esta fue la respuesta de Renauld. Maravillado yo del hecho, le conduje de nuevo a la capilla para que diera fervientes gracias a su divino Bienhechor. Luego le presenté ante los demás seminaristas, que no acababan de persuadirse de que aquel joven, que veinte minutos antes padecía la más completa ceguera, gozara ahora de la luz como todos los demás".

Añade, por fin, el Superior, que Renauld continuaba como si jamás hubiera estado enfermo, y que no había tenido convalecencia en su curación, sino que el recobrar la vista y salud fue de un modo repentino y perfecto.

(Abate Lambert, Relación dirigida al señor obispo de Versailles.)

DOBLE PRODIGIO

Año 1848, Bruselas (Bélgica)

Santa Micaela María del Santísimo Sacramento, antes de fundar la Congregación de Religiosas Adoratrices, pasó largas temporadas con su hermano y su cuñada. Sin retraerse de las honestas recreaciones a las que le era preciso asistir por ser su hermano embajador de España en Bélgica, consagraba la mayor parte del día a la oración y obras de caridad. Estando en Bruselas tuvo lugar el suceso que vamos a referir. Dejemos hablar a la Santa:

"Como yo padecía tanto del dolor de estómago, en agosto de 1848 estaba un día echada en mi sofá calentándome a la estufa, pues era el dolor tan fuerte que temblaba de frío.

"Entró mi hermano a preguntarme a qué hora quería el peluquero, pues teníamos gran comida en casa; asistía el cuerpo diplomático.

"—Conmigo no cuentes porque me siento muy mala hoy. (Teniendo este dolor, sólo echada podía estar.)

"—¿Y tu vestido de París que acaba de llegar para esta comida?

"—No te canses, que no me puedo vestir.

"Se fue lleno de pena por verme sufrir y por la falta que le hacía en este día.

"Yo leía, para distraerme, un milagro de unas sagradas Formas que había ocurrido, hace muchos años, en Bois Segner Sisac, cerca de Nivelles. Y al final del libro donde yo leía contaba cómo Dios había castigado a un sinnúmero de personas por haber dudado; y contaba estos castigos, uno por uno, a los que no habían querido creer que las Formas chorreaban sangre; y hoy día se conservan aún frescas y la sangre lo mismo, y los corporales todos empañados en la que corrió por espacio de cinco días, y están en una capilla especial para esto, que todos van a visitar diariamente.

"Yo dije para mí: sí, lo creo; basta que esté aprobado por Su Santidad. Pero si se me quitara este dolor de estómago, que en diez años que lo sufría no hallé remedio ninguno que lo aliviara..., si ahora se me quitara, lo creería mejor (aunque yo lo sufría muy resignada...).

"Después que hube pensado esto, me remordía la conciencia y me decía: hago mal en quejarme por este padecimiento que hoy es mi única cruz, y justo es sufrir algo, pues que nunca pedí al Señor que me lo quitara...

"En el mismo momento se me quitó el dolor de estómago y no le he vuelto a sentir más, a pesar de hacer hoy dieciséis años de esto, pues ni siquiera he vuelto a recordar cómo era el dolor...

"Me vestí, subí al cuarto de mis hermanos, que al verme tan elegante y de buen color, me dijeron: "Tú estás loca; ¿hace dos horas te morías y ya estás buena?"

"Se lo dije a mi cuñada porque yo no cabía de gozo

dentro de mí. El confesor me encargó lo callara por Dios, porque no llamara la atención, y como no sabía yo si era por mucho o por poco tiempo, no se dudara después de lo que para el señor Deán (su confesor) y para mí era un milagro...

"Lo creían los médicos un cáncer, y como no volví a tener síntoma alguno, llamaba mucho la atención de todos los de casa."

(Memorias Biográficas.)

LAGRIMAS DIVINAS

Año 1857, Allonville (Francia)

En el intervalo de la guerra de Crimea y de Italia, cuando se intentaba despojar a la Santa Sede de su poder temporal, vemos a Jesucristo derramar lágrimas como en otro tiempo al acercarse a Jerusalén.

El digno y celoso Párroco de la iglesia de Allonville, observó por vez primera estas recientes lágrimas derramadas por Jesucristo, el día santo de Pascua del año 1857.

Después que hubo administrado la sagrada Comunión, vio sobre el corporal en que había puesto el copón, gotas grandes como de agua que permanecían algún tiempo inmobles sobre el sagrado lienzo en el cual poco a poco se embebían.

Sorprendido ante este hecho tan singular y temiendo engañarse, examinó minuciosamente la sabanilla del altar y el interior del Tabernáculo, para cerciorarse de si había o no alguna humedad, pero todo estaba completamente seco. Sólo, pues, necesitaba saber si las gotas procedían del cáliz, pero el mismo hecho que se repitió en los días siguientes y

en diferentes circunstancias, no le dejó la menor duda que las gotas no procedían del cáliz, sino del santo copón o de la parte del corporal que había cubierto.

Estas gotas tenían la forma de grandes lágrimas, aparecían antes o después de la Misa en que se daba la Comunión, y después de dar la bendición con el santo copón en el sitio en que se colocaba previamente.

Conmovido el Párroco ante tales prodigios, que se sucedieron por espacio de cinco días, sin poderlos explicar por ninguna causa física, se decidió en llamar a varios testigos de los más principales, para que acreditasen con sus firmas la verdad de estos hechos sobrenaturales; presentó luego al señor Obispo de Amiens un corporal totalmente empapado en aquellas milagrosas lágrimas con las recogidas en una botellita, declarándole que no podía contrarrestar el sinnúmero de testigos que iban publicando, por doquiera, tan maravilloso suceso.

Entonces el señor Obispo ordenó se hiciera información jurídica del maravilloso hecho para su más completa confirmación.

(M. de Raineville. Memoria sobre las lágrimas del santo Copón de Allonville.)

MILAGRO DE UNA PRIMERA COMUNION

Año 1860, París (Francia)

Yo mismo conocí, escribe Mons. de Segur, a una niña curada por el Santísimo Sacramento, el 20 de septiembre de 1860.

Estando la pobrecita ejercitándose en la gimnasia, tuvo la desgracia de caer sobre un aparato de hierro, que le produjo una herida en el cráneo con lesión de las membranas del cerebro. Los médicos no sabían dar otra respuesta a los afligidos padres que palabras de consuelo por la irremediable pérdida de su hija.

Sin embargo, Dionisia, que este era el nombre de la niña, no cesaba de pedir que le concediesen recibir por vez primera a Jesús Sacramentado, en un Santuario de su particular devoción. —"Llévenme ustedes allá, repetía con instancia, déjenme hacer la primera Comunión, y sin duda sanaré".

Al fin vinieron en darle gusto, a pesar de que el médico declaró que probablemente moriría por el camino, y aunque no sucedió tan triste augurio, es indecible lo que la pobre niña padeció.

Llegada al Santuario recibió a Jesús Sacramentado, objeto de su ardiente amor y término al cual se dirigían las más risueñas esperanzas de su alma candorosa... Todavía duraban las sagradas ceremonias, cuando de pronto la niña se levantó, se puso de rodillas y sintió en sí la vida y fuerzas primeras.

Al volver a su casa salióle al encuentro su afligido padre, y al verla sana y ágil como antes de la enfermedad, no acababa de dar crédito a lo que veía, ni a las voces de su hija que no cesaba de repetir con alborozo: "Papá, ya estoy curada".

De él mismo, añade Mons. de Segur, he sabido estos pormenores, y la afortunada niña no ha notado el más leve dolor en la parte lesionada.

(Mons. de Segur. La presencia real, pág. 94.)

LA CORBATA BLANCA

Año 1874, Mans (Francia)

Jorge, hijo de una honrada familia, cursaba sus estudios en un colegio de la diócesis de Ruan.

Estaba dotado de excelentes cualidades: era laborioso, inteligente y el primero en la clase: hermosa presencia, constitución vigorosa y un exterior afable, añadiendo a todo este conjunto una inocencia y modestia angelical.

El día siguiente al de la primera Comunión presentó a su confesor el cuaderno de los propósitos en el que solamente había uno redactado en estos términos: "Propongo continuar llevando la corbata blanca del día de mi primera Comunión y no quitármela, a no ser que tenga la desgracia de cometer un pecado grave". Sorprendido el confesor al leer tan fervorosa resolución, le dijo no se la podía aprobar sin el consentimiento de su madre, la cual no tuvo dificultad que su hijo siguiera la inspiración de la gracia divina.

Quince días después, un condiscípulo se permitía tirar de su corbata blanca, y Jorge le afeó con energía acción tan villana, quedando el atrevido sumamente

corrido y avergonzado. Nuevos asaltos se le dieron todavía, pero sin éxito. Por último, otro condiscipulo empleó como medio, la dulzura. —"Amigo mío, le dijo, ¿por qué llevas siempre esta corbata? ¿No temes se diga de ti que eres muy raro y extravagante?...". Jorge le confió entonces el secreto, encomendándole no lo revelara a nadie; pero al día siguiente todo el Colegio supo ya el misterio, y desde entonces trocáronse las chanzas en religioso respeto.

En 1870 graduose de Bachiller a la edad de dieciocho años, y habiendo estallado la guerra franco-prusiana, obtuvo de su padre permiso para agregarse a los zuavos pontificios del célebre general Charette. En la milicia fue Jorge tan fervoroso como lo había sido cuando colegial.

Un día del mes de enero de 1871, cerca de Mans, tratábase de reconquistar una altura a los prusianos. Quinientos zuavos fueron escogidos para acometer la arriesgada empresa: doscientos de ellos perecieron, y los trescientos restantes quedaron dueños de la posición. Jorge fue del número de los vencedores; mas alcanzóle un proyectil de los postreros disparos, hiriéndole mortalmente.

Algunos instantes después, acercósele un sacerdote, para ofrecerle los auxilios de su ministerio.

—Gracias, Padre capellán, le respondió el herido; he confesado y comulgado hace dos días, y nada turba la paz de mi conciencia: solamente le suplico me recline sobre un poco de paja y me administre luego el Pan eucarístico. Otro favor quisiera también pedirle. En mi mochila tengo una corbata blanca, un lazo y unos rosarios del mismo color; son los recuerdos de mi primera Comunión, y le agradecería me los trajese.

Apresurose el sacerdote a hacer lo que le pedía, y cuando volvió, le dijo Jorge:

—Sírvase usted ponerme esta corbata alrededor del cuello. Y después, habiendo recibido el santo Viático, continuó: "Cuando habré dejado de existir, le ruego me quite usted la corbata y la mande a mi madre, manifestándole que esta corbata de mi primera Comunión nunca ha recibido otras manchas, que estas de mi sangre, derramada por nuestra desdichada patria".

(Huguet, Importance de la premiere Communion.)

LA PLEGARIA DEL LEÑADOR

Año 1880, ¿ ? Suiza

En 1883 hacía pocos años que había ocurrido el siguiente maravilloso suceso: Un Párroco oyó de noche una voz que le llamaba y decía: "Vaya luego a tal punto de las montañas de Suiza, y administre el Viático a un hombre que presto va a morir". El Párroco se levantó, tomó el santo Viático, y montando a caballo fue allá en compañía del sacristán.

Al despuntar la aurora llegó al lugar indicado, vio a un viejo leñador y le preguntó: "¿Hay algún enfermo en vuestra familia? —Contesta el viejo— Que yo sepa, ninguno, gracias a Dios". Manda preguntar por las casas de campo más cercanas, y el tal enfermo no parece.

No sabiendo el Párroco explicarse lo que ocurría, determinó volver la rienda y marcharse a su parroquia, cuando el viejo leñador le dijo: "Señor Cura, ya que lleváis el Santísimo Sacramento, y yo por mis graves achaques no puedo ir a mi tan lejana parroquia, descansad un poco en esta capillita, me

confesaré, y luego dadme la Comunión". —Muy bien, respondió el Cura, y satisfizo los deseos del viejo.

Se puso después en marcha, y aun no se habia alejado doscientos pasos, cuando fue corriendo a su encuentro un joven que gritaba: "¡Señor Cura! ¡Señor Cura!, véngase presto que a mi padre le ha dado un ataque". En efecto: llega a la casa y encuentra al viejo agonizando, pero con el rostro alegre y sereno. Al ver al sacerdote, díjole: "El Angel custodio os ha enviado. Por mí fuisteis anoche llamado. Estaba próximo a morir y no lo sabía. Siempre tuve especial devoción al Santísimo Sacramento, y como temía ser víctima de un ataque, un día rogé al Señor no me dejara morir sin recibir el santo Viático. ¡Bendito sea Dios, que me escuchó!"

Al poco rato de dichas estas palabras, con los sentimientos de las más acendrada piedad y con la paz del justo, el viejo leñador asistido de su propio Párroco, entregó el alma a Dios.

(P. Laurenti, S. J., Le Meravigile del SS. Sacramento.)

FE VIVA

Año 1880, Mahón (España)

En San Luis, pueblo no muy distante de Mahón, vivía una pobre viuda llamada Juana Cardona Vinent. Era cristiana mujer, aunque de humilde condición y desconocida en los fastos de la historia, tiene, sin embargo, su nombre escrito con letras de oro en el libro de la vida, porque ejercitó un verdadero apostolado entre la gente ruda del pueblo, sirviéndose para ello de la tienda de vinos que tenía abierta al público como único recurso y alivio de su pobreza. En esta tienda, que se convertía casi siempre en merendero, evitó muchos pecados, y jamás permitió se infringiera el precepto de la abstinencia impuesto por la Iglesia, hasta el punto de despedir con varonil entereza a los que en ella acudían, si llegaban sólo a intentarlo.

A los cincuenta y nueve años de edad le sobrevino una grave dolencia de estómago, que no le permitió alimentarse más que con caldo de pescado; y después de veinte años de este sufrimiento sobrellevado con admirable paciencia y resignación, se agravó su

estado a consecuencia de un aire, que la dejó notablemente encorvada sin poder enderezerse ni mirar al cielo.

Corría el año 1880, y la pobre mujer hacía ya ocho meses que estaba en cama sin poderse mover de ella. Con motivo de acercarse la festividad del *Corpus Christi*, sintió en su alma gran fe y confianza de que el Señor la podría curar. Rogó pues, a los vecinos la bajaran a la puerta de la calle cuando pasase la procesión, e hizo suplicar al sacerdote que llevaba el Santísimo Sacramento, que al estar junto a ella le acercase un poco la Custodia, para adorar a su buen Jesús en la Hostia sacrosanta.

Presente estaba todo el pueblo, compadecido del triste estado de la pobre viuda, mas he aquí que en el momento crítico de dirigirse el sacerdote con la sagrada Forma hacia la puerta de la casa donde yacía la enferma, con gran sorpresa y admiración de la muchedumbre se verificó el instantáneo prodigio de quedar completa y radicalmente curada de su doble enfermedad, siendo testigos de tan gran maravilla todo el pueblo y el cura párroco don Pedro Pons Banza, que era el sacerdote que llevaba el Santísimo Sacramento.

Vivió todavía diez años, sin experimentar el más mínimo dolor, y comiendo como en los días de su juventud.

Durmió, por fin, el sueño de los justos en el año 1890, a la edad de noventa años.

(D. Pedro Pons Banza, Pbro., Relación hecha como testigo ocular del prodigio.)

LOS MILAGROS DE LOURDES

En el año 1858, en pleno siglo XIX, una humilde pastorcilla, Bernardeta Soubirous, contempla extasiada a la Inmaculada Concepción que se le aparece en Lourdes.

Desde entonces se inicia la culminación de los hechos prodigiosos con que durante el transcurso de los siglos la Divina Providencia se ha dignado confirmar la presencia de Jesucristo en el Santísimo Sacramento.

Milagros y milagros ocurren sin cesar en Lourdes, y muchos de ellos tienen lugar al paso de la procesión del Santísimo Sacramento por delante de los enfermos, como testimonio cierto de que el Señor está allí, en la Hostia consagrada, y concede sus gracias por la intercesión de su Divina Madre la Inmaculada Concepción.

Pero aparte de los innúmeros milagros materiales que tienen lugar en Lourdes y de los cuales describimos y consignamos unos pocos a continuación el gran prodigio incesante que se efectúa en Lourdes es de índole espiritual y consiste en la recuperación o en el aumento de la Fe, de la Esperanza y de la Caridad que experimentan cuantos de todo el mundo acuden con buena intención a los pies de la Virgen.

¡SEÑOR, QUE YO VEA!

Año 1889, Lourdes (Francia)

En el año 1889, María Luisa Horeau, de diecinueve años de edad, estaba tan ciega que no distinguía entre el día y la noche, necesitando que la llevasen de la mano a todas partes, y aun que la diesen de comer.

Fuese a Lourdes, mas no pudieron aproximarse a la Gruta, se paró frente a la piscina, y rogó a una amiga y compañera suya la advirtiera el momento preciso en que pasase por allí la procesión del Santísimo Sacramento.

Avisada de ello la pobrecita ciega, cayó al punto de rodillas y exclamó con todo el esfuerzo de su cristiana fe: "¡Señor, si queréis, podéis curarme! ¡Señor, que yo vea!" Dichas estas palabras, notó como una especie de resplandor vivísimo, y sintió un fuerte espasmo en los ojos; ábrelos, y en seguida vio la Gruta, la muchedumbre de peregrinos, y la sagrada Hostia que acababa de bendecirla, otorgándole la gracia deseada.

La joven María Luisa recobró la vista tan perfectamente, que distinguía los objetos más pequeños y sutiles. El tribunal médico establecido en Lourdes examinó los ojos, y notó que había adquirido completa claridad y limpieza.

(Dr. Bossaire, Les grandes Guerlsons de Lourdes.)

¡VEN, LEVANTATE Y ANDA!

Año 1889, Lourdes (Francia)

El Dr. Boissaire y el P. Valdón, S. J., refieren, casi con las mismas palabras, un suceso del cual fueron testigos de vista, y es como sigue:

Estando las enfermeras para introducir en la piscina de Lourdes a la señora Facq, de Puente Mousson, de cuarenta y cuatro años de edad y cinco de paralítica, al verla casi agonizando, exclamó una Hermana de la Caridad: "Si la Virgen bendita no la sana, esta señora se muere". Después de invocar a la Inmaculada Virgen de la Gruta, ocho señoras hospitalarias bajan la enferma al agua y ven que fuera del hipo de la muerte y de la lividez de los labios, todo indicaba en ella estar muerta.

Oyese en esto el toque de la campanilla, que anuncia la llegada del Santísimo Sacramento en procesión, y entonces las Hermanas y enfermeras levantan a la moribunda, la visten y la llevan en una camilla fuera, al descubierto, a pesar de la lluvia torrencial que caía. Todos los presentes se postran de rodillas, sin miedo ninguno ni a la lluvia ni al lodo, y una Hermana

pretende levantar la cabeza de la enferma para que mire la sagrada Hostia; pero fue en vano, porque al punto la cabeza se volvió a caer y los ojos permanecieron cerrados. Ya había llegado la Hostia santa a la enferma entre el "Hosanna" repetidísimo del pueblo, y yo, escribe el testigo de vista que estaba al lado izquierdo del palio a pocos pasos de la camilla, puedo afirmar, con toda verdad, que he visto a la enferma pasar súbitamente de las garras de la muerte a los brazos de la vida.

En un instante, aquella cabeza se alza, los ojos se abren para fijarse en la sagrada Hostia, y las manos se extienden hacia ella. La moribunda se levanta del todo, y haciendo una señal grande de la cruz, se dirige al Santísimo Sacramento que el Prelado de su propia diócesis, el Obispo de Nancy, traía encerrado en la custodia. "¡De rodillas!", díjola entonces una señora que la acompañaba; y la enferma cayó profundamente de rodillas al suelo y adoró con suma veneración al divino Salvador, mientras sentía en su cabeza el pie de la custodia que le aplicaba el señor Obispo. Vuélvese luego a levantar y medio vestida y descalza como estaba, los pies metidos en los charcos formados por la lluvia, y asombrada por la alegría y copiosas lágrimas que se vertían, la veo seguir a mi lado un buen rato detrás del palio.

Cuando más tarde le preguntaron qué había sentido en aquel momento: "No sentí nada, respondió, pero vi al Señor, que me dijo: ¡Ven, levántate y anda! Me levanté y eché a andar".

(P. H. Vadón, S. J., Triomphs de Jesus Hostie.—Doctor Boissaire, Les Grandes Guerisons de Lourdes.)

CURACION DE UNA MORIBUNDA

Año 1889, Lourdes (Francia)

Gran admiración causará al lector el milagro obrado en favor de Margarita Saboya, la cual cuando llegó a Lourdes parecía un cadáver que llevaban en una caja mortuoria: pálida, sin voz, sin carnes y horrorosa a la vista, y aunque contaba veinticinco años de edad, no pesaba más que dieciséis kilogramos.

No había salido nunca de la cama, ni tomado alimentos sólidos. Cuando partió para Lourdes, el médico de la familia le pronosticó solamente quince días de vida, y los médicos que la vieron en la Oficina de Comprobaciones no se atrevieron a tocarla, porque apenas respiraba, ni pensaron en llevarla a la piscina. En semejante estado se contentaron en colocarla al pie de la Virgen, delante de la Gruta.

Al pasar el Santísimo Sacramento, una sacudida fuerte e irresistible la levanta de improviso de la camilla y la echa en tierra. Margarita se da cuenta de que está arrodillada a los pies de su camilla, y entonces se levanta, sin apoyo alguno y con toda expedición, exclama resueltamente: "¡Estoy cura-

da!" Atónita su madre, corre a su encuentro, y la hija abrazada con ella, llorando de ternura vuelve a repetir: "¡Madre, estoy curada!"

El mismo día entro en nuestra Oficina, dice el Dr. Boissaire, derecha y bien segura sobre sus propios pies, y aunque medio muerta por la debilidad, fuerte y alegre por el contento que inundaba su alma.

Primeramente pesaba dieciséis kilogramos; a los pocos días de su curación, cuarenta y cuatro. El crecimiento ha vuelto a tomar su curso natural, y la estatura ha aumentado de siete a ocho centímetros. ¡Y esto a la edad de veinticinco años!

Aquí ya no se trata de curación, sino más bien de resurrección. La virtud del Dios de la Eucaristía ha obrado este milagro.

(Dr. Bossaire, Les Grandes Gucrisons de Lourdes.)

LOURDES, 1958.—El Señor pasa por delante de los enfermos. Estos, llegados desde todas las partes del Mundo, con una fe impresionante pídenle la salud o la resignación heroica.

La Comunión.—A. Cano, Palazzo Bianco, Génova (Archivo Mas).

PRODIGIOSA MULTIPLICACION DE LAS SAGRADAS FORMAS

Fines del XIX o principios del XX, Turín (Italia)

Día de la Virgen, 8 de septiembre.

La iglesia está llena de jovencitos: seiscientos que han de comulgar.

Se ha preparado un copón lleno de hostias que San Juan Bosco consagrará en la Misa que está próximo a celebrar.

Pero se olvida el sacristán de llevarlo al altar, y sólo se acuerda después de la consagración. El olvido no tiene ya remedio.

¡Qué desilusión la de estos centenares de hijitos de D. Bosco, que en la fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen iban a recibir la Comunión de manos del amado Padre!

Nada saben ellos; se van llegando al comulgatorio. Nada sabe tampoco Don Bosco. Abre el Sagrario, y no ve en él sino un pequeño copón con unas cuantas hostias. Mira bien, pero nada más encuentra. Cae en la cuenta de que su sacristán se ha distraído.

Alza los ojos al cielo, y habla de esta suerte a la Madre de Dios:

"Señora, ¿y dejarás a tus hijos que se vuelvan ayunos?"

Toma el coponcito, y empieza a dar la Comunión. Aquellas pocas Formas se van multiplicando. El sacristán, que había quedado profundamente apenado por su olvido, contempla, atónito, el prodigio. Terminada la Misa, muestra a D. Bosco el copón olvidado en la sacristía.

—¿Cómo ha podido dar la Comunión a tantos centenares con tan pocas hostias? —preguntó el sacristán—. Es un milagro, D. Bosco. ¡Qué milagro acaba de hacer usted!

—¡Bah! —contestó el Santo con toda naturalidad— junto al milagro de la transustanciación que obra el sacerdote al consagrar, el de la multiplicación de las hostias es insignificante. Además, lo ha obrado María Auxiliadora.

(Don Bosco y su tiempo, por Hugo Wats. 2.ª parte, II.)

VARADURA DE UN TRASANTLANTICO

Año 1902, Arrecife Molasses (Florida) Estados Unidos

Eran próximamente las seis de la tarde del día 20 de junio del año 1902, cuando salía majestuosamente del puerto de la Habana con rumbo a la Coruña, el hermoso trasatlántico *Alfonso XIII.*

Al embocar el canal de Bahama, presentose el horizonte completamente cerrado por copiosísima lluvia, y como estuviese ya el buque bajo la poderosa influencia de la corriente del Golfo, tuvo que navegar con las precauciones que requería el más fundado recelo de una insegura situación.

A pesar de todo, en la madrugada del día 21 de junio, al hacerse cargo de la derrota el segundo oficial, observó con asombro que el buque varaba. Había sido víctima de una derivación de la corriente general hacia la costa de la Florida, no lejos del faro de Carisfort.

Entre la tripulacioın hubo la alarma consiguiente. El capitán Deschamps subió al puente, y pudo hacerse cargo de la situación del buque, porque el horizonte

empezaba a despejar, y entendió que estaba varado en el arrecife Molasses de la costa de la Florida.

Cerca de ochocientos pasajeros iban a bordo, y cuando se dieron cuenta del percance sufrido y vieron que resultaron inútiles las maniobras ensayadas para ponerle a flote, cundió entre ellos un pánico indescriptible, desarrollándose entre personas queridas, escenas las más tiernas y conmovedoras.

Se abrieron, sin embago, tantos corazones lastimados por tamaña desgracia, a la más risueña esperanza, cuando acertó a pasar cerca del *Alfonso XIII* el vapor noruego *Diana*, de la matrícula de Bergen.

Demandado auxilio, el capitán del *Diana* ofreció dar remolque mediante la entrega de diez mil pesos si lograba su cometido y cinco mil en caso contrario, quedando a cuenta del *Alfonso XIII* proprocionar el calabrote correspondiente para efectuar la operación.

Apretado por la necesidad, aceptó Deschamps tan onerosas condiciones, y después de romperse por tres veces consecutivas el recio calabrote de acero, no se pudo obtener el más mínimo resultado, quedando el trasatlántico como antes estaba, empotrado en medio de las rocas; en vista de lo cual se largó el *Diana*, perdiéndose pronto de vista por entre las brumas del horizonte.

Hiciéronse nuevas tentativas para sacar el buque, hasta las doce de la noche, hora en que mandó el capitán se aligerara el cargamento, echando al mar más de mil quinientos sacos de garbanzos; empero el buque insensible a todo, no daba el menor indicio de salir del arrecife.

En el ínterin se habían agrupado alrededor del barco, esperando el momento de la mayor y mejor presa, más de ochenta embarcaciones de pequeño porte,

tripuladas por los "vaqueros", hombres de instintos codiciosos y piráticos, siendo tal su impertinencia y rapacidad, que fue menester alejarlos haciendo algunos disparos.

La situación se agravaba por momentos, por que ya tenía lugar entonces la baja mar; y en tan grande apuro, se tuvo el feliz acuerdo de recurrir al cielo en demanda de socorro. Anúnciase, pues, la celebración del santo sacrificio de la Misa, en la que como si fuese la última que en vida oyeran, asistieron con gran devoción todos los de a bordo, y ¡oh prodigio!, en el solemne momento en que el sacerdote alzaba la Hostia sacrosanta, el *Alfonso XIII* empezó a deslizarse suavemente por encima del arrecife, como si la fuerza invisible de una legión de ángeles lo empujara, y los tripulantes al ver flotar ileso en alta mar el hermoso trasatlántico, entonaron un "hossanna" al Sagrado Corazón de Jesús en el Santísimo Sacramento del altar.

Después de reconocido y cerciorarse el capitán de que el casco no había experimentado el menor desperfecto, prosiguió su viaje, llegando felizmente al puerto de la Coruña.

(Relación publicada por la prensa de la Coruña a la llegada del Alfonso XIII, en junio de 1902.) Excmo. Sr. D. Manuel Deschamps, capitán del buque trasatlántico Alfonso XIII.

UNA VISITA DEL NIÑO JESUS

Año 1903, S. Martín de Manzaneda (España)

La Misión que los Padres Redentoristas predicaban en San Martín de Manzaneda, hasta entonces no muy concurrida, llegaba ya a su término.

El día 20 de abril del año 1903, era el señalado para la función de "Desagravios" o acto solemne de contrición delante de Jesús Sacramentado. La gente acudió puntual y en gran número, atraída, sobre todo, por el alumbrado que, en forma de pórtico o arco triunfal, habían preparado los Padres en el altar mayor para la exposición del Santísimo Sacramento.

Según la voz pública refiere, estando el Padre Mariscal con el pueblo haciendo el acto de desagravio, después del sermón, el auditorio se puso repentinamente de pie como deseando ver mejor alguna cosa que aparecía sobre el altar, en el lugar mismo ocupado por el sagrado viril. El predicador mandó que se hincaran de rodillas y prosiguió hablando.

Una vocecita de niña se oyó en medio del silencio que entonces reinaba. Era una niña de siete años llamada Eudoxia Vega, del lugar de Escondido, que

decía en gallego, a su madre: "Eu quero ver o neno, eu quero ver o neno".

El P. Mariscal exponía a la sazón aquellas palabras de Isaías: "Todo el día estoy con mis brazos extendidos hacia mi pueblo, que no cree en Mí y que me contradice continuamente". Muchos niños, niñas y mayores de edad, entre quienes se cuenta el señor cura párroco, D. Pedro Rodríguez, afirman que vieron entonces sobre el altar, en el lugar mismo de la sagrada Hostia, un Niño hermosísimo, como de unos siete a ocho años, vestido de túnica blanca y con los brazos extendidos hacia el pueblo, como si quisiese dar a todos un abrazo.

Una de las niñas, llamada Luisa Arias, reparó en que el Niño tenía una gran herida en el costado, a la que se aplicó la mano derecha, como para detener así la sangre que de ella corría.

El señor Cura, que hacía de preste en la función y estaba arrodillado al pie del altar, afirma haber visto al Niño Jesús, con los brazos no sólo extendidos, sino realmente clavadas las manos en una cruz con el pecho abierto y asomando por la herida el corazón; ofreciéndose a confirmar lo dicho con juramento solemne. Afirma, además, que al querer colocar en el copón la santa Hostia, cuando hubo llegado ya el momento y poseído de un gran temor por lo que acababa de ver hasta aquel instante, no se atrevía a tocar las sagradas especies. Entonces se vio a la sacrosanta Hostia, que animada de un movimiento propio, desde la "lúnula" del viril se entró por sí misma en el copón.

Los efectos saludables que obró la celestial visita del Niño Jesús en el pueblo de Manzaneda se hicieron sensibles desde el mismo día. La Misión cambió de aspecto, hiciéronse reparaciones de todo género; y

donde se notaba antes una frialdad glacial, comenzó a sentirse un extraordinario fervor.

El día de la Comunión general duró ésta desde las seis hasta las nueve y media de la mañana, efecto de que los pueblos comarcados atraídos por la fama del prodigio venían a San Martín, deseosos de participar del Cuerpo del Señor en donde se había mostrado tan amoroso y complaciente.

Para satisfacer a la piedad del pueblo que se cree favorecido con tan extraordinaria visita del Señor, en la cruz de Misión que se colocó el 27 de abril, grabose un Niño Jesús con los brazos extendidos, encima de un cáliz dorado, rodeado de resplandores.

(La Luz de Astorga y prensa católica de España del mes de abril de 1903.)

EL PEQUEÑO CUSTODIO DE JESUS SACRAMENTADO

Año 1939, Almolda (Zaragoza)

Cuando entraron los *rojos* en uno de los pueblos de Aragón, obligaron a un cristiano hornero a que echase en su horno todas las imágenes de los Santos de la parroquia.

Resistiose, con valentía, el hornero.

No le valió; uno de los oficiales hizo astillas las imágenes, y le obligó a quemarlas en el horno.

Entre estas imágenes llevaron también un hermoso Sagrario que el oficial hizo pedazos, y se marchó.

Un hijo del hornero, de cinco años, notó entre el montón de leña un objeto que relucía, un cristal redondo. Tomolo en sus manos y se dio cuenta de que era el viril. Todavía conservaba la sagrada Forma.

Va corriendo a su padre, y le dice: "Padre, ahí está Nuestro Señor". No acababa de comprender el hornero las palabras del niño. Va al montón de leña y se puso a templar.

"Toma, hijo mío, tómalo tú que eres un ángel."

Lo cogió el niño con todo respeto y reverencia, y se lo llevó a su cuarto.

Durante el día le acompañaba todo el tiempo que podía. Durante la noche descansaba junto a Jesús.

El mismo día de la liberación del pueblo, fue el señor Cura a tomar el viril de casa del hornero. Se formó una procesión devotísima hasta la iglesia. Vio, con sorpresa, que no se habían corrompido las sagradas Especies durante los dos años que había estado el viril en el aposento del niño, y las sumió.

El niño se llama Antonio Peña, su padre José Peña Pallás, hornero del pueblo de Almolda, provincia de Zaragoza.

(Del "Boletín Parroquial suplemento del 'Boletín Oficial del Arzobispado'".—Valencia, 29 de octubre de 1940.)

UN TARCISIO EN EL SIGLO XX

Año 1939, Tschuen-tao-tse (China)

«Encerradme a ese bribón en el calabozo junto al almacén. Si se os escapa, lo pagarán vuestras cabezas».

Quien daba esta orden era el general Hou-lou, jefe de un ejército de salteadores. Aquel a quien llamaba bribón era un niño de trece años, León, que estudiaba en el Seminario menor de Tschuen.

A rastras fué llevado el muchacho a un recinto oscurísimo. A los pocos minutos, le pareció percibir la sombra de alguien que estaba tendido. Oyó unos gemidos.

—¿Quién está ahí?—preguntó.

—¡Un desgraciado!

—¡Dios mío!—exclamó León al reconocer la voz de su hermano.—¡Benito¡ ¿Eres tú, hermano mío?—Y diciendo esto, se echó a llorar.

Quiso, luego, consolar a su hermano:

—Dios es bueno, Benito, y nos librará de estos malvados.

—No, hermanito, yo no lograré esa libertad. Mis verdugos me han atormentado de un modo espantoso:

mira mis manos traspasadas, y los riñones los tengo hechos una llaga de tantos latigazos. Y añadió: —¡Dios mio!, os ofrezco mis dolores en expiación de mis pecados.

En el almacén contiguo han penetrado dos bandidos. Unos rayos de luz pasan a través de las tablas mal unidas.

—¡Vaya un botín!—exclama uno de los ladrones, mostrando al otro un pequeño copón de plata. —Lo he cogido—le dice—en la pagoda del bonzo blanco.

—¡Por Buda! ¿Qué son esas pastillas redondas de sustancia blanca?

León se aproximó a las tablas; miró a través de una rendija y cayó de rodillas. ¡Aquel desventurado tenía en sus manos la Santísima Eucaristía! Los dos hermanos convirtieron el calabozo en lugar de adoración a Jesús Sacramentado.

Al día siguiente, son presentados ante el general.

Hou-lou dirige una mirada feroz a Benito. Luego dice a sus hombre: «Le daréis cuarenta bastonazos, y si persiste en no declarar el escondite de su hermana, cortadle la mano derecha».

En vano se postró León ante el forajido en favor de su hermano. Se abren otra vez las llagas, brota de nuevo la sangre que salpicó los vestidos de los mismos verdugos.

Llegados a la prisión, Benito, tendido en la tierra arcillosa, dijo a su hermano: «León, yo me muero... Quiero recibir a mi Dios».

León se dirige con sigilo al tabique que separa el calabozo del almacén. Quita una tabla, luego otra. Ahí, en el suelo, está el copón. Se arrodilla, lo toma con manos temblorosas... Saca una Forma, y la deposita en la lengua de su hermano.

Cuando, al atardecer, entró un criado para darles un

poco de alimento, encontró a León, sollozando, junto al cadáver de Benito.

Todos descansan en el cuartel general de Hou-lou.

León se encomienda a Jesús. Toma del almacén una bolsa de cuero con que cubre el copón y lo suspende del cuello. Abre la puerta y de puntillas llega al muro exterior; calcula: ¡cuatro metros de altura! Ve una viga apoyada en el muro...

De pronto se oye un silbido estridente. Es la señal de alarma. La viga resbala y se viene al suelo con estrépito.

¿Qué hacer? Allí mismo hay un tonel vacío. En un abrir y cerrar de ojos lo vuelca y se oculta debajo.

Acuden precipitadamente los soldados: unos montan a caballo y se lanzan a galope tendido por el campo; otros, provistos de antorchas, van de acá para allá buscando por todas partes. Desde su escondite oye León los juramentos y maldiciones. El mismo Hou-lou llega a apoyarse en el tonel lleno de furor.

Cansado de la inutilidad de sus pesquisas, amenaza a su gente y se retira.

El patio queda desierto. El jovencito toma una resolución extrema:

«Ahora, o nunca», se dice. Sale de su escondrijo. Ve dos caballos atados. Corta las riendas de uno, salta sobre la montura y huye. El es buen jinete. «Señor, ayúdame, sálvame», exclama. Sujetó bien el sagrado Tesoro y echó a correr.

Después de varias horas de carrera sin rumbo fijo, apareció la luna, que hasta entonces había estado oculta por densas nubes, miró a su alrededor y se dió cuenta de un grupo de jinetes que iban en su seguimiento. Apresuró la carrera y llegó a orillas del río Nonni, que estaba helado.

¿Qué hacer? Los bandidos iban a caer sobre él

irremisiblemente. ¿Podría el hielo resistir su peso?

No hay tiempo para reflexionar: los perseguidores no distan doscientos metros. Baja del caballo, aprieta a Jesús contra su pecho y se lanza al río. Cede el hielo por algunas partes; mas él no se preocupa: avanza con audacia con el pensamiento fijo solamente en librar al Señor de las profanaciones de los bandidos.

El ruido de los cascos resuena en el hielo.

«¡Señor, sálvame!», clama, aterrado.

En aquel momento oye un crujido espantoso, gritos desesperados, maldiciones: ha cedido el hielo... bandidos y caballos son sepultados en las aguas.

Ganada la orilla, León se vuelve. Sus perseguidores han desaparecido. Ni uno solo ha quedado. Acciones de gracias a Jesús Sacramentado, sentimientos parecidos a los de Moisés y su pueblo después de pasado el mar rojo.

Apenas amaneció, divisó allá lejos el campanario de una iglesia católica. Al llegar a la puerta, cayó extenuado. Ahí le encontró el misionero. Entrególe el sagrado Depósito, y pudo decirle con débil voz: «Es el buen Jesús».

El jovencito fué presa de subida fiebre durante varios días. En los accesos de delirio veíanle cruzar nerviosamente los brazos sobre el pecho como quien protege algún tesoro.

Pocas semanas depués, León volvía al Seminario menor de Tschuen-tao-tse.

(De El Siglo de las Misiones, Marzo 1940).

COMPENDIDO
de las maravillas del Señor en el Santísimo Sacramento del altar

Con razón se llama Sacramento del altar compendio de las maravillas del Señor, porque es compendio de los milagros, finezas, virtudes, misericordias, tormentos, misterios y oficios de Jesucristo, que todas son maravillas de su amor. De todas quiere que nos acordemos, y por eso nos dejó el Sacramento como un compendio o memorial de ellas.

Milagros de Cristo

El *primer* milagro es convertirse, por virtud de las palabras que dice el sacerdote, la substancia del pan y del vino en el cuerpo y sangre de Cristo. El *segundo* es que los accidentes de pan y vino, cantidad, olor, color y sabor, quedan sin sujeto que los reciba, porque faltó la substancia de pan y vino, y no se sostienen en el cuerpo de Cristo. El *tercero,* que los accidentes de pan y vino hacen los mismos efectos en quien los recibe, que haría la substancia. El *cuarto,* que Cristo todo entero está en toda la Hostia, y en cualquier parte de ella; y aunque partan la Hostia, no parten a Cristo, porque queda todo entero en cualquier parte. El *quinto,* que Cristo, sin dejar el cielo, está en todas las Hostias consagradas que hay en el mundo.

Finezas de Cristo

La *primera* fineza de Cristo en el Sacramento, fué, que siendo necesario partirse a donde está su Padre, buscó medio de quedarse con nosotros a costa de tantos milagros, mostrando cuanta verdad es lo que dice la Escritura: que sus delicias son estar con los hijos de los hombres. La *segunda,* fué quedarse en manjar para sustento del hombre, lo cual no hacen aún las madres más amantes de sus hijos: porque algunas, por no morir de hambre, llegaron a sustentar su vida con la carne y sangre de sus hijos: pero ninguna sustentó los hijos con su misma carne y sangre. La *tercera,* darse todo en este bocado; su carne y sangre, alma y divinidad, para mostrar cuánto ama a los hombres, pues les da cuanto tiene y cuanto es. La *cuarta,* querer entrar en nuestro pecho, estar con nosotros, y que nosotros estemos en El, según la condición de los amantes, que viven más donde aman que donde animan. La *quinta,* mostrar, con dársenos en manjar, que quiere hacerse una cosa con nosotros por amor, como el manjar se hace una cosa con quien le come: aunque no ha de ser convirtiéndose Él en nosotros, sino convirtiéndonos en sí.

Pasión de Cristo

Conságrase el Sacramento en especies de pan, que se compone de granos de trigo, molidos y desehechos; y en especies de vino, que resulta de uvas pisadas y exprimidas; para significar que Cristo, en la Pasión, fué pisado con afrentas y desprecios, y molido y rasgado con azotes, espinas, clavos y cruz. Conságranse aparte el cuerpo y la sangre (aunque por estar juntos viene el cuerpo con la sangre a la Hostia, y la

sangre con el cuerpo al cáliz) para significar que en la Pasión y muerte se dividió la sangre del cuerpo. Mas no sólo representa el Sacramento los tormentos que ya padeció el Salvador, también ahora, aunque ya impasible, sufre en la Hostia, y tolera afrentas y ultrajes de los judíos y herejes, ofensas y sacrilegios de los católicos que comulgan mal.

Virtudes de Cristo

Ejercita Cristo en el Sacramento muy profunda *humildad*, encubriendo su infinita grandeza y majestad debajo de las especies de pan y vino. *Obediencia* pronta, poniéndose en la Hostia en el mismo punto en que dice las palabras el Sacerdote, aunque éste sea malo y sacrílego. *Paciencia* admirable, tolerando no solamente las injurias de los infieles que no le conocen, mas también las que le hacen comulgando mal o tibiamente, los que saben quién es. *Pobreza* heroica, morando en iglesias pobres, y hasta mezquinas, desaliñadas y sucias. *Constancia* invencible, perseverando en la Hostia y cáliz hasta que se consumen las especies sacramentales, y queriendo estar con nosotros hasta el fin del mundo, aunque los hombres le traten mal en el Sacramento.

Misericordias de Cristo

Aquí ejercita Cristo las obras de misericordia *corporales* en modo más excelente, porque da de comer al hambriento y de beber al sediento su mismo cuerpo y sangre; visita al enfermo para sanarlo, viste al desnudo con la ropa de la gracia, redime al cautivo de la cautividad de sus pecados, y entierra a los que ya han muerto al mundo, dentro de sus llagas preciosísimas.

También ejercita las *espirituales,* porque enseña al ignorante con ilustraciones e inspiraciones, da consejo al que lo ha menester, perdona las injurias, consuela a los tristes, sufre nuestras flaquezas y ruega al Padre por nosotros.

Misterios de Cristo

Representa el Sacramento la *Encarnación,* porque así como se unió la persona del Verbo hipostáticamente a la naturaleza humana en el seno de la Virgen, del mismo modo, entrando Cristo en nuestro pecho, se une a nosotros con unión de amor, y por eso llaman los Santos a la Eucaristía, extensión de la Encarnación. Representa el *Nacimiento* de Cristo; pues si entonces apareció la Divinidad abreviada en el cuerpo de un niño, y fué envuelto en pañales, y reclinado sobre las pajas en un establo, ahora en una pequeña Hostia, envuelto en los accidentes de pan y vino, es aposentado en nuestro pecho, que ha sido establo en pecados. Siendo niño fué *adorado* de los Pastores, Reyes y Angeles, *presentado* en el Templo, *perdido y hallado* por María Santísima y San José, y ahora también es adorado de todos en el Sacramento, es ofrecido en el templo por mano de los sacerdotes, es perdido de los ojos que sólo ven los accidentes de pan y vino, y hallado por la fe, que le contempla debajo de los accidentes. Aquí *predica* Cristo al corazón, y hace continuos milagros en los que le adoran y reciben. No solamente representa este Sacramento la *Pasión* de Cristo, sino que también es figura de su *Resurrección* y *Ascensión,* porque la blancura de los accidentes representa los resplandores de gloria de que se vistió en la Resurrección, y la nube blanca que en la Ascensión le ocultó a los ojos de los discípulos.

Oficios de Cristo

Quedóse en el Sacramento para renovar en provecho nuestro los oficios que ejercitó el tiempo que conversó con los hombres. Es *Rey*, que teniendo su corte en el cielo, quiere entrar en mi pecho para que le rinda vasallaje, y le juren por su Rey mis potencias y sentidos. Es *Señor* de todo lo criado, que desciende del cielo para enriquecer al siervo pobre desvalido. Es *Juez*, que no viene ahora a juzgarme: me juzgará al fin de mi vida y al fin del mundo. Me absolvió en el tribunal de la Penitencia y me convida luego a su sagrada Mesa. Es *Padre* amorosísimo, que después de estrechar entre sus brazos al hijo pródigo, le regala con un banquete celestial. Es *Médico*, que desea curar todas mis enfermedades y darme la vida eterna. Es *Amigo*, que me admite a la más íntima comunicación y después de haberme confiado los secretos que me convienen saber para mi salvación se me da ahora a sí mismo. Es *Sacerdote eterno* según el orden de Melquisedec, que haciendo de mi pecho templo y altar, se ofrece por mí al Padre debajo de las especies de pan y vino. Es *Esposo*, que viene a dar la mano a mi alma y unirse con ella, de modo que yo esté en El y El esté en mí. Es *Maestro*, que desea ilustrar mi espíritu con sus divinas enseñanzas. Es *Rendetor*, que visita a su redimido para aplicarle el fruto de su redención. Es *Pastor*, que acaricia a la oveja que se había perdido. Es *Santificador*, que comunica gracia. Es *Abogado* con el Padre celestial, y *Protector* que continuamente vela por mi bien.

OREMOS AL SEÑOR

DEVOCIONARIO SELECTO

Dios omnipotente, principio y fin de todas las cosas, nos ha creado y nos conserva. No dejemos pasar ni un solo día sin rendirle nuestros sinceros homenajes de sumisión y amor.

ORACIONES DE LA MAÑANA

Hecha con devoción la señal de la Cruz, dirás:
«Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía».
En nombre de mi Jesús crucificado me levanto. El, que me ha redimido, me librará de todo mal. Amén.
Alábete, Dios mío, mi alma agradecida por el don que me haces de dejarme llegar a un nuevo día.
Mi espíritu y mi cuerpo, todo mi ser y vida, en tus manos los pongo: recibe pues, Señor, la ofrenda mía.
En todos los peligros que circundan mi vida, con mano protectora ven en mi auxilio y sé mi compañía.

Perdona mis pecados, y en el último día cantaré con los ángeles en el cielo tus glorias infinitas.

Te ofrezco, desde ahora en adelante, todos mis pensamientos, obras, trabajos y palabras, a fin de que cuanto haga sea todo por Vos, para que obre y padezca por Vos, y piense siempre que estoy en vuestra Divina Presencia. Asísteme con tu gracia, y perdóname mis yerros. Amén.

¡Oh María! sin pecado concebida, rogad por nosotros, que acudimos a Vos.

¡Oh santo ángel! bajo cuya tutela y custodia Dios me ha puesto por su infinita bondad: iluminadme, defendedme, regidme y gobernadme. Amén.

San N. *(el Santo de cada uno),* mi especial protector, y todos los Santos de la corte celestial, rogad por nosotros.

Padre nuestro... Credo... Gloria Patri... Amén.

Dios te salve, María, etc.

¡Oh Señora y Madre mía! Yo me ofrezco todo a Vos, y en prueba de mi filial efecto os consagro mis ojos, oídos y lengua, mi corazón y todo mi ser. Ya que soy todo vuestro, ¡oh Madre de piedad! guardadme y defendedme como cosa y posesión vuestra. Amén.

ORACIONES DE LA NOCHE

Antes de entregarme al sueño, a que la noche convida, os doy gracias, Jesús mío, por los dones de este día.

En lo que yo haya faltado, mi ánima arrepentida pide que la perdonéis por vuestra sangre divina.

A mis padres y parientes vuestra clemencia bendiga.
Y a las ánimas benditas librad, ¡oh Virgen María!

Y tú, buen Angel Custodio, hazme siempre compañía;

defiéndeme del demonio que en torno de mí vigila.
Padre nuestro. Ave María. Señor mío Jesucristo.

Bendita sea tu pureza
Y eternamente lo sea,
Pues todo un Dios se recrea
En tan graciosa belleza:
A ti, celestial Princesa,
Virgen sagrada María,
Te ofrezco desde este día
Alma, vida y corazón:
Mírame con compasión,
No me dejes, Madre mía.

¡Oh eterno Padre! Humildemente os ofrecemos la preciosa sangre que nuestro Señor Jesucristo, tan amorosamente y con tan acerbos dolores, derramó por nosotros. Por los méritos y la virtud de esta preciosísima sangre suplicamos a vuestra divina Majestad, os dignéis concedernos vuestra santa bendición, para que seamos socorridos contra el poder de nuestros enemigos, y preservados de todo mal. En esta confianza nos atrevemos a decir: La bendición de Dios omnipotente Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre nosotros y permanezca siempre en nosotros. Amén.
Padre nuestro... Gloria Patri...

LA CONFESION

El que desobedeció a Dios o lo ofendió, cometiendo algún pecado, tiene que pedir perdón, y Dios que es un Padre tan cariñoso le perdonará en el sacramento de la Confesión o Penitencia. Pero si no le pide perdón, y el pecado es mortal, Dios lo castigará con el Infierno. ¿Quieres ir al Cielo? ¿Y tienes pecados? Confiésate de ellos y no los cometas más.

Oración para el examen

Oh Dios eterno e inmenso, Creador y Redentor de todos los hombres: Yo pobrecito vuestro recurro a Vos suplicante, cargado y oprimido con el peso de mis pecados.

Virgen Santísima, abogada y Madre de los pobrecitos pecadores que se quieren enmendar: Interceded por mí, que de veras quiero confesarme de todos mis pecados y enmendarme de ellos.

En el acto de la confesión

Mientras aguardas para confesarte, no te distraigas, examina tu conciencia y pide perdón a Dios, prometiéndole no pecar más.

Piensa que el confesor representa a Dios y que te confiesas con Dios.

Cuando llegue el turno de confesarte, dirás: *Por la señal...* Yo pecador me confieso a Dios todopoderoso, a la bienaventurada siempre Virgen María, a todos los Santos y a vos, padre, que pequé mucho con el pensamiento, palabra y obra, por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa.

Por tanto, ruego a la bienaventurada siempre Virgen María, a todos los Santos y a vos, padre, que roguéis por mí a Dios Nuestro Señor. Amén.

Comenzarás la confesión, diciendo: *Ave María Purísima... Hace...* (decir cuanto tiempo ha pasado desde la última confesión). *Me acuso de...* Y seguirás diciendo todos los pecados, sin dejar ninguno a sabiendas.

Escucha bien lo que te diga el Padre Confesor y responde a todas las preguntas que te haga.

Antes de retirarte del confesionario y mientras el sacerdote te da la absolución, di el

Señor mío jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Creador, Padre y Redentor mío; por ser Vos quien sois, Bondad infinita, y porque os amo sobre todas las cosas, me pesa de todo corazón de haberos ofendido; también me pesa porque podéis castigarme con las penas del infierno. Ayudado de vuestra divina gracia, propongo firmemente nunca más pecar, confesarme y cumplir la penitencia que me fuere impuesta. Amén.

Al retirarte del Confesionario cumplirás en seguida la penitencia, para que no se te olvide, y arrodillado di la siguiente oración:

ORACION

¡Cuán bueno y misericordioso sois, oh Dios mío! No sólo me habéis perdonado mis pecados, sino que habéis adornado de nuevo mi alma con la vestidura de la gracia. De todo corazón os doy gracias por la gran misericordia de que habéis usado conmigo. Que los ángeles y santos alaben y bendigan vuestra bondad por toda la eternidad.

Dadme vuestra divina gracia para que yo sea en adelante piadoso, casto, obediente y manso de corazón, y no piense, ni diga, ni haga cosa alguna que pueda ofenderos. Bendecid, ¡oh Dios mío!, esta resolución; amparadme si me veis en peligro de pecar, y conducidme por el camino de vuestros santos mandamientos a la felicidad eterna. Por Jesucristo vuestro Hijo y Señor nuestro, que vive y reina con Vos en unidad del Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

¡Oh Dios mío!, os amo sobre todas las cosas.

¡Oh dulcísimo Jesús¡, no seáis mi juez, sino mi salvador.

¡Oh María, concebida sin pecado, ruega por nosotros al Eterno Padre, cuyo Hijo concebiste, el cual nació de Tí por obra del Espíritu Santo!

San José, protector nuestro, defendednos y defended a toda la Iglesia.

Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.
Jesús, José y María, asistidme en mi última agonía.
Jesús, José y María, con vosotros descanse en paz el alma mía.

LA SANTA MISA

En el Calvario Jesucristo se ofreció por nosotros. En cada misa se renueva esta oblación sacrosanta que hace Jesús de sí mismo por intermedio del sacerdote y pueblo cristiano que asiste.

Al ofrecerse así Jesús por nosotros, nos obtiene ríos de gracia divina.

El que participa maś de estas gracias es el Celebrante, y en segundo lugar el que dio la limosna para el sacrificio. De los restantes fieles participa más de las gracias del Sacrificio de la misa el que está más unido al sacerdote en las oraciones e intenciones y participa de la Hostia santa.

Los que asisten a misa con devoción y comulgan en ella, se distinguen poco del sacerdote que la celebra.

LA SAGRADA COMUNION

ANTES DE COMULGAR

Acto de Fe.—Dios mío, creo firmemente que Vos estáis presente en la Sagrada Hostia, y para confesar esta verdad, de buena gana daría yo hasta mi vida.

Pronto tendré la dicha de recibir a Jesucristo, que se oculta por un prodigio de amor bajo las especies sacramentales. Vos, divino Salvador, habéis dicho: "Tomad, comed, éste es mi cuerpo". Tengo más fe en vuestras palabras, que en mis sentidos. Creo que vuestro cuerpo y sangre están realmente presentes en la hostia consagrada, juntamente con el alma y divinidad; creo con fe viva que, al comulgar, os recibo a Vos mismo, que por mí quisisteis morir en la Cruz, y que estáis glorioso en el cielo. Os adoro con toda reverencia, como a mi Dios y mi Señor.

Acto de Esperanza.—Por grande que sea mi vileza, espero que Vos mismo, movido por vuestra infinita Misericordia, preparéis mi pobre morada, limpiándola de todos los afectos desordenados, para que quede en disposición de recibiros lo más dignamente posible. Vos venís para enriquecerme con vuestras

gracias. ¡Cuánta, pues, no será mi confianza a vuestra amorosa venida!

Acto de Amor.—Divino Jesús, que nos amastéis hasta morir en la Cruz para redimirnos, y hasta daros todo a nosotros en este Divino Sacramento. Deseo corresponderos amandoos más que a todas las cosas, más que a mí mismo, más que a mi vida y espero que Vos mismo encenderéis en mi pobre corazón la hermosa llama de vuestro amor para que de hoy en adelante no quiera sino lo que Vos queráis.

Deseo.—Con suma devoción y abrasado amor, con todo el afecto y fervor de mi corazón, deseo Señor recibirte en la Comunión, como lo desean muchas almas devotas que te honran con la santidad de su vida y tienen devoción ardentísima.

¡Oh Dios mío! Inspírame los sentimientos devotos que me son necesarios para llegar a recibirte con el deseo más vehemente y con la reverencia más digna.

Oración de Santo Tomás.—Aquí me llego, todopoderoso y eterno Dios, al Sacramento de vuestro unigénito Hijo, como enfermo al médico de la vida, como sucio a la fuente de misericordia, como ciego a la lumbre de la claridad eterna, como pobre al Señor de los cielos y de la tierra. Ruego, pues Señor, a vuestra infinita bondad, tengáis por bien sanar mi enfermedad, limpiar mi suciedad, alumbrar mi ceguedad y enriquecer mi pobreza, para que así pueda yo recibir al Pan de los Angeles con tanta reverencia y temor, con tanto dolor y verdadero amor, con tal fe y pureza, y con tal propósito y humildad, cual conviene para la salud de mi alma. Dadme Señor que reciba yo no sólo este Sacramento, sino también la virtud y

gracia del Sacramento. ¡Oh benignísimo Dios! Concededme que albergue yo de tal modo en mi corazón el Cuerpo de vuestro unigénito Hijo que merezca incorporarme a su cuerpo místico y contarme como uno de sus miembros. ¡Oh piadosísimo Padre!, otorgadme que el Divino Jesús, que me propongo recibir ahora encubierto bajo las especies sacramentales merezca yo ver para siempre sin velo en la otra vida. El cual con Vos vive y reina en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Al abrir el Sagrario, dígase: "Yo pecador, me confieso en Dios", etc.

Al mostrar el Sacerdote la Hostia: "Señor, yo no soy digno de que entréis en mi pobre morada, más decid una sola palabra y mi alma será salvada" *(Tres veces).*

DESPUES DE COMULGAR

Adoración.—¡Oh dulce Jesús, mi Dios y mi Señor, seáis bien venido a la pobre morada de mi alma! Os adoro con el más profundo respeto y la mayor reverencia. Mi amable y buen Jesús, os agradezco tan gran favor, os alabo y bendigo: loado sea el Hijo del Altísimo, que se ha dignado visitarme y tomar posesión de mi corazón.

Oración de San Ignacio.—Alma de Cristo, santifícame.—Cuerpo de Cristo, sálvame.—Sangre de Cristo, embriágame.—Agua del costado de Cristo, purifícame.—Pasión de Cristo, confórtame.—¡Oh

buen Jesús!, óyeme.—Dentro de tus llagas escóndeme.—No permitas que me aparte de ti.—Del maligno enemigo defiéndeme.—En la hora de mi muerte llámame.—Y mándame ir a ti.—Para que con tus santos te alabe.—Por los siglos de los siglos. Amén.

Súplicas.—¡Oh dulcísimo Señor! A Ti vengo por remedio, a Ti acudo por consejo y alivio.

Hablo a quien todo lo sabe, a quien son manifiestos todos los secretos de mi corazón, y a quien sólo me puede consolar y ayudar perfectamente.

Tú sabes los bienes que más falta me hacen y cuán pobre soy en virtudes.

Vesme aquí delante de Ti pobre y desnudo, pidiendo gracia e implorando misericordia.

Da de comer a este tu hambriento mendigo, enciende mi frialdad con el fuego de tu amor, alumbra mi ceguedad con la claridad de tu presencia.

Levanta mi corazón a Ti en el cielo y no me dejes andar vagando por la tierra.

Tú solo me seas dulce desde ahora para siempre; pues Tú solo eres mi manjar y bebida, mi amor, mi gozo, mi dulzura y todo mi bien.

Dirigidme con vuestra sabiduría, consoladme con vuestra clemencia, protegedme con vuestro poder.

Haced que procure obedecer a los superiores, favorecer a los amigos y perdonar a los enemigos, volviéndoles bien por mal.

¡Oh si me encendieses todo con tu presencia, y me abrasases y transformases en Ti, para ser un espíritu contigo por la gracia de la unión interior y por la efusión de un amor abrasado!

No consientas que me separe de Ti ayuno y seco,

sino pórtate conmigo piadosamente, como lo has hecho muchas veces con tus Santos de un modo admirable.

Dadme Señor que consiga la santidad con la frecuente y devota participación del cuerpo de Cristo, con la pura intención del corazón, que evite el infierno y que obtenga la gloria del Paraíso. Por nuestro Señor Jesucristo. Así sea.

Acción de gracias de Santo Tomás.—Gracias os doy, Señor santo Padre omnipotente, eterno Dios, que a mí pecador, sin mérito alguno por mi parte, sino por la sola dignación de vuestra misericordia, me habéis alimentado con el precioso cuerpo y sangre de vuestro Hijo, nuestro Señor Jesucristo. Y os suplico, Padre clementísimo, que esta Sagrada Comunión no sea para mí ocasión de castigo, sino intercesión saludable de perdón. Séame armadura de fe, escudo de buena voluntad, muerte de todos mis vicios, destierro de todas mis carnales apetitos, y acrecentamiento de caridad, de paciencia, de verdadera humildad y de todas las virtudes. Séame perfecto sosiego de mi cuerpo y de mi espíritu, y firme defensa contra todos mis enemigos, visibles e invisibles, perfecta unión con Vos solo, mi verdadero Dios y Señor, así como feliz consumación de mi fin. Y os ruego que tengáis por bien de llevarme a mí, pobre pecador, a aquel convite inefable, en donde con vuestro Hijo y el Espíritu Santo, sois luz verdadera, hartura cumplida, gozo perdurable, felicidad perfecta y alegría eterna. Por el mismo Cristo Señor nuestro. Amén.

Oración a Jesús Crucificado.—Mírame, oh bueno y dulcísimo Jesús, en tu presencia me postro de rodillas y con el mayor fervor de mi alma te pido y suplico que imprimas en mi corazón vivos sentimientos de fe, esperanza y caridad, verdadero dolor de mis pecados y propósito firmísimo de enmendarme; mientras con gran afecto y dolor considero y contemplo en mi alma tus cinco llagas, teniendo ante mis ojos aquello que ya el Profeta David ponía en tus labios acerca de ti, o buen Jesús: *Han taladrado mis manos y mis pies; y han podido contar todos mis huesos.*

HIMNO DE SANTO TOMAS DE AQUINO

Te adoro con fervor, Deidad oculta,
que estás bajo estas formas escondida;
a Ti mi corazón se rinde entero,
y desfallece todo si te mira.
Se engaña en Ti la vista, el tacto, el gusto.
mas tu palabra engendra fe rendida;
cuando el Hijo de Dios ha dicho, creo
pues no hay verdad cual la verdad divina.
En la cruz la Deidad estaba oculta,
aquí la humanidad yace escondida;
y uno y otro creyendo y confesando,
imploro yo lo que imploraba Dimas.
No veo, como vio Tomás, tus llagas,
mas por su Dios te aclama el alma mía;
haz que siempre, Señor, en Ti yo crea,
que espere en Ti, que te ame sin medida.
Oh memorial de la pasión de Cristo,
oh pan vivo que al hombre das la vida:
concede que de Ti viva mi alma,
y guste de tus célicas delicias.
Jesús mío, pelícano piadoso,
con tu sangre mi pecho impuro limpia,
que de tu sangre una gotita puede
todo el mundo salvar de su malicia.
Jesús, a quien ahora miro oculto,
cumple, Señor, lo que mi pecho ansía,
que a cara descubierta contemplándote,
por siempre goce de tu clara vista.
Así sea.

INDICE

Del siglo I al siglo XI

Preámbulo 5
Institución de la Sagrada Eucaristía 9
Un niño mártir 15
Profanadores castigados 17
Salvación de un náufrago 19
El pan de los herejes 21
Ramillete de espigas 23
Curación estupenda 25
Risa incrédula 27
Cadenas desatadas 29
Resurrección de un difunto 32
Conversión de un Duque 34
Nube misteriosa 37
Milagrosas huellas 40
El glorificador glorificado 43
Invasión sarracena 45
Repique de campanas 48

Siglos XII y XIII

En un panal de miel 51
El mejor negocio 54
Sortilegio frustrado 56
Minero sepultado vivo 58
El motín de la trucha 60
Sangre divina 63
Vasallaje al divino Rey 65
Una sagrada Partícula 66
Una oveja piadosa 69
Consejo diabólico 70
Hereje confundido 71

Humildad recompensada 74
Desbordamiento de un río 76
La Cruz de Caravaca 78
Una gota de sangre 82
Estandarte eucarístico 84
Cortejo angélico 90
Guerreros cristianos 92
En una laguna helada 95
Pisadas de Cristo 97
Asalto rechazado 98
Música del cielo 101
En un altar 102
El paso de un río 105
La fe de un rey 107
La Transubstanciación 109
Corazón abierto 113
Las almas del Purgatorio 115
Sonrisa de un ángel 117
La furia de un judío 121
Obsequio remunerado 123
El «Sant Dupte» de Gerona 125
Arbol seco que reverdece 126
Flor celestial 130

Siglos XIV y XV

Ileso en el fuego 132
Devoción constante 133
Falta de fe 135

Reliquias de un incendio 136
Comunión maravillosa 137
Pantano luminoso 139
Milagro de los peces 140
Sacro Dubio 144

Perfidia judaica 146
Los rosales de Osvaldo 148
Validez del orden sacerdotal 151
Araña horrible 154
El divino Niño 156
Prenda divina 161
La ciudad del Sacramento 162
La comunión del mudo 165
Mensajeros celestiales 166
Copón resplandeciente 169
Niño crucificado 170
Extasis interrumpido 174

Siglos XVI y XVII

Llama prodigiosa 176
Un ilustre penitente 177
Zapatero morisco 179
Honra inesperada 180
La señal de la campana 181
El Santísimo en el cielo 184
El Mesías prometido 186
Eximio privilegio 188
Brillante diadema 190
Música angélica 192
Comunión a un enfermo 194
El Pan de los Angeles 196
El Niño Jesús del Milagro 199
Lluvia de piedras 202
Don del cielo 204
La Sagrada Forma de El Escorial 206
Encina obediente 210
Las gotas de sangre 212
Serafín de la Eucaristía 213
Ladrón arrepentido 217

La Comunión frecuente 220
Pavor de un niño 221
Lluvia copiosa 224
Finezas de la Virgen 225
Sacrílego atrevimiento 227
El viril de Faverney 228
Dos bueyes uncidos 231
Hormigas obsequiosas 232
Favor providencial 233
Preso libertado 237
Curación instantánea 238
Regreso triunfal 241
En la ciudad Condal 244
Amor filial 246
La presencia real 249
El Sagrado Corazón 253
Pan de vida 255
Cerco de sangre divina ....

Siglos XVIII, XIX y XX

Flujo de sangre 256
Reinaré 259
Primera Comunión de San Gerardo Mayela ... 261
La Comunidad no tiene que comer 263
Blanca paloma 265
Especial bendición 268
Hermosa estrella 270
Muerte horrible 273
Médico divino 275
Doble prodigio 277
Lágrimas divinas 280
Milagro de una primera Comunión 282
La corbata blanca 284
La plegaria de un leñador 287

Fe viva 288
¡Señor, que yo vea! 293
¡Ven, levántate y anda! 294
Curación de una moribunda 296
Multiplicación Sagradas Formas 298
Varadura de un trasatlántico 300
Una visita del Niño Jesús 303
El pequeño custodio de Jesús Sacramentado ... 306
Un Tarcisio en el siglo XX 308
Compendio de las maravillas eucarísticas ... 312

Devocionario

Oraciones de la mañana 317
Oraciones de la noche 318
La Confesión 320
La Santa Misa 324
La Sagrada Comunión 325